

*Una actriz -o un actor- razona y diserta sobre la rebeldía del aparato urinario y demás utilidades que tienen, en mayor o en menor medida, los hombres.*

No sé qué pensareis vosotros del *pito*. Sí, de la *cuca*, del *badajo*, del *pichulín*. De la cosa “nostra”. Bueno, pues eso..., como casi todo hijo de vecino sabe a estas alturas, es un apéndice carnosos rebelde, muy rebelde y propio de los seres humanos, aunque, afortunadamente, no de todos los seres humanos, que se extiende con urgencia a lo largo y lo ancho, cuando se extiende, hacia su punto cardinal preferido: el... *este mismo*, porque aquí te pillo aquí te mato.

Como su propio nombre indica (y esto lo voy a decir de memoria), la verga habitaría, si por ella fuera, tanto en las tórridas y lluviosas tardes de verano como en las frías madrugadas de la estepa colombiana, por ejemplo, pero siempre, siempre a ser posible, debajo del chubasquero de las señoras mayores o no tan mayores y concretamente bajo sus faldamentas, y en Colombia, sin ir más lejos, porque aunque suene como a zambomba, también hay estepas y hay polvorones, aunque sean polvorones y estepas colombianos.

Esta parrafada anterior explica con claridad meridiana que no le importa al *churro* qué tiempo haga fuera, mientras él quede en caliente.

Nace el *cachivache*, nuestra querida *zambomba*, allá por el año de gracia y casualmente el mismo día que nace también al que llamaremos “propietario”. Porque su propietario no es quien lo lleva colgado exactamente, como si se tratara de una medalla... Sino propietario es quien lo utiliza... en el momento. O sea, quien se halle enfrente.

No es animal de agua ni tampoco de tierra el vistoso, sonrosadote, coloradote y rollizo *apéndice*. Aunque su lugar preferido para vivir son los humedales a ras de tierra, es un elemento de aire. Podría definirse exactamente como el único animal volátil de la creación que alza el vuelo sin poseer alas, que crece, crece y crece, y crece, cuando crezca, y además, crece sin oprimir al prójimo ni de coña, como acostumbran a hacer otros; después de revolotear, mengua exageradamente contra su voluntad y muy a su pesar, porque sabe que menguado se queda inútil. Inútil total. No vale ni para salchichas. Una pena de apéndice... Un asco.

Durante buena parte de su vida se desarrolla en solitario, disimuladamente y a escondidas de sus mayores, pero obstinada y pacientemente. Como es ermitaño por naturaleza, busca cuevas calentitas en donde refugiarse, habitar, realizarse. Pero esa misma naturaleza, hace de la salchichilla un ser rebelde y friolero y se obliga a buscarse compañía incansablemente, una paradoja, misterios de la madre naturaleza; aunque sólo consigue compañía propicia en raras ocasiones; por eso, brinca tanto de puro contento esos momentos concretos de tan codiciada reunión. Trabaja lo justo, más bien poco, es cierto, pero pone empeño en su tarea, firmeza en su aspecto y cumple a rajatabla con el consejo del ministerio de sanidad en cuanto se coloca un casco.

Allí habitó, cuentan, tras opulento felpudo de mamá, nuestro *amigo* un tiempo. Dicen, las malas y machistas lenguas, que era su papá quien le pagaba la manutención y su mamá la estancia. Sus hermanitos siempre le tuvieron envidia y manía porque vivía de gratis el caradura, hasta el día de su muerte en que alzó el vuelo y nunca se supo nada más de él ni de su estirpe. Sufrió de

arraigo durante toda su vida a esas pudorosas partes de mamá. Pero hasta entonces, hasta el día de su muerte, vivió con nobleza y buenos sentimientos: nunca eructó en público, aunque se ahogara. Como esa vez que se ahogaba y llamaron a los bomberos, esos hombres corpulentos de larga manguera, quienes se marcharon tocando el pito aterrados de tan magnífica oclusión.

El *asunto*, es más largo que ancho, es de costumbres nocturnas y no tiene ojos, no los necesita para nada; no tiene nada que ver, como los topos, así se ahorra el dinero de ir al oculista, también como los topos; lógica, pura lógica. Consulta presuroso, eso sí, cuando es atacado de picazón en el polo norte, raramente nevado de su estirado y larguirucho cuerpo, con el *picazonólogo*, su médico especialista, algo connatural a su esencia. Pero el *picazonólogo*, que suele tener el color muy subido siempre, y destiñe al rojo si se le clava un hacha a mala leche, le receta una aspirina y a escupir a la calle. Y el *pilín*, que es manso, pues se va a escupir a la calle. Vaya un pedazo de guarro. Entonces le sacude el ansia y se deprime irremediablemente. Pero como ser bravo que pretende ser, la depresión no le dura más de ocho horas nunca. Nunca. Nunca.

Tampoco puede presumir de dientes ni nada parecido. Y sin dientes, come; jo, que si come; y si lo dejan a su aire, lo dicho: come incluso lo que le sale al paso, con alevosía y esa malandrina nocturnidad que caracteriza a todos sus actos. Es osado, desobediente, inoportuno, vivaz, a veces; melancólico, estafador, tristón, otras; y siempre, siempre que puede, delator. Está dispuesto, sí, sí, para salir de caza constantemente, constantemente. Aunque la mayoría de las ocasiones, adiós, gracias, vuelva de vacío.

Cuando muere, al fin, muere sin pena ni gloria, cabizbajo y poco hablador, como la mayoría de los difuntos. Nada hace presagiar un final tan esmirriado para él a su mamá, esa señora empingorotada que saluda desde el balcón a la juventud mientras se sube disimuladamente la faldamenta porque también sufre de picazón indecorosa cerca de tan amado lugar. ¡Ni que fuera alcaldesa promiscua! ¿Eh?

A destacar de su vida, ese día en que conoció a su media naranja: la señora *Pirula; Ula*, la llamó él para abreviar.

Pero este sería otro indecente monólogo, otra historia distinta y la dejaremos para después. Hasta aquí la historia del *mondongo*, copiada íntegramente de la *Enciclopedia Británica*, que como no tengo ni idea de inglés he realizado una versión mía muy libre. Acabáramos, resumiendo: un apéndice humano, altivo y rebelde. Muy, muy rebelde.